

que debió separar el imperio franco del territorio danés.

Armamentos marítimos.—Aquellos ataques por mar, cuyo peligro presentaba Carlomagno, harto terribles para sus sucesores, le determinaron á preparar también fuerzas para luchar sobre aquel elemento, y barcos propios para navegar á lo largo de las costas, salieron en gran número de los arsenales de Gante y de Boulogne: apostados en la embocadura de los ríos de Germania y de Francia, se opusieron á la entrada de las flotillas enemigas.

Sarracenos.—No pensó nada más que en defenderse en el Océano, donde las expediciones de los normandos, que debían ser con posterioridad formidables, eran á la sazón muy poca cosa; pero en el Mediterráneo ayudó á las islas Baleares á rechazar la dominación de los emires de España (799); y habiendo vuelto éstos con los sarracenos de África á talar estas islas, Pepino envió en su ayuda á Ademaro, conde de Génova, quien pereció peleando. Vencedor de los infieles el condestable Burcardo (809), les apresó trece navas, lo cual no impidió que estas islas mal fortificadas quedaran de continuo espuestas á los ataques de los sarracenos. Quizá pudieron libertarse sus moradores refugiándose en las montañas, en medio de las cuales conservaron ó volvieron á adquirir aquellas costumbres silvestres que les distinguen todavía. Mallorca fué defendida contra los musulmanes por Irmingar, conde de Ampurias, quien echó á pique ocho de sus navas, les hizo quinientos prisioneros y les tomó todo el botín hecho en Córcega y en Cerdeña (813).

Tampoco se abstuvieron los sarracenos de ejercer sus piraterías en tierra firme, en Italia: saquearon á Niza y á Civitavecchia: además algunos de ellos se apostaron en la playa del mar de Liguria como para proporcionarse la facilidad de un desembarco.

Carlomagno tuvo que habérselas directamente con los árabes de España. Continuaba en este país la prolongada y generosa lucha de los indígenas independientes contra los conquistadores: dueños éstos de las principales ciudades, se enervaban en los goces del lujo y en una civilización adoptiva, á la par que la energía de los otros tenía, para fortificarse en los montes cántabros, peligros y el amor de la patria y de la religión. Las disensiones que se suscitaron entre los conquistadores cuando Abd el-Rahman se separó del califa de Bagdad y se hizo independiente, fingiendo tomar partido por los Ommiadas desposeídos (pág. 338), redundaron en gran ventaja de los cristianos; y entre el número de los jefes que cayeron en desgracia por haber sostenido á la familia modarita vencida, se contó Soliman-ebn-Arabi, emir de Zaragoza, quien se presentó en la dieta de Paderborn (777) implorando el socorro de Carlomagno contra el príncipe de los creyentes, y escitándole á aliviar la suerte de los cristianos que allí padecían.

Esta expedición halagó al rey de Francia, que aun prescindiendo de una guerra contra los enemigos de la fe, veía aquí la posibilidad, ya que no de espulsar de Europa á los infieles, á lo menos de oponer la barrera de los Pirineos á sus continuas incursiones. En su consecuencia convocó en Chasseneuil, junto al Lot, un campo de Mayo, único que se reunió en la Francia romana, donde los arimanes de Aquitania y los leudos de la Ostría aprobaron la empresa proyectada. Dividido el ejército en dos cuerpos traspuso los Pirineos. El que mandaba en persona Carlomagno, se apoderó de Pamplona y puso sitio á Zaragoza, defendida por Abd-el-Melec-ben-Omar, que había dado muerte á su hijo por haber visto flaquear su valor en un instante difícil.

Derrota de Roncesvalles.—No pudo vencer el héroe su resistencia, siendo llamado otra vez al Norte por nuevos levantamientos de los sajones, ó quizá en virtud de las tramas de Lupo, hijo de Waifro, quien anhelaba vengar á su familia (20). Este imaginó cortar la retirada á los francos, y reuniendo en contra de ellos á los vascos, á los astures y á los sarracenos (778), los emboscó donde los desfiladeros de Navarra desigulan á los hombres y los caballos y hacen mortal el ataque é imposible la defensa.

Roldan.—En el momento en que se desarrollaba el ejército como una enorme serpiente de bronce por medio de las escarpadas rocas de los Pirineos, á lo largo de estrechos senderos cubiertos de follaje (*Roncesvalles*), cayeron los conjurados sobre la retaguardia y los bagajes, y favorecidos por las escabrosidades del terreno mataron á los más valerosos adalides de Carlomagno, y entre ellos á Roldan, conde de la frontera de Bretaña, de quien solo esta vez hace mención la historia, á la par que la novela de Turpin y los poemas caballerescos están llenos con sus hazañas. La tradición oral y los cantos populares repitieron que una inmensa hendidura abierta en los Pirineos, debajo de la torre de Marbore, procedía de un golpe descargado por la durindana de Roldan; y como ésta saltó en pedazos, cojió su cuerno para llamar en su auxilio al indolente Carlomagno y al traidor Ganelon de Maganza, y le tocó con tanta fuerza, que de resultas retendió el mundo y reventaron las venas del cuello del héroe. Aquel siglo devoto le adjudicó en su derrota el más solemne triunfo, contándole entre el número de los santos (21).

(20) *Ille omnibus peioribus pessimus ac perfidissimus, operibus et nomine Lupus, latro potius quam dux dicendus, Waifri patris scelestissimi, avique apostate Hunaldi improbis vestigiis inherens. Charta Alaon. ap. BOUQUET, VII, 472.* Tal vez fué éste el tipo de donde tomaron los romancesos la casa de Maganza.

(21) Léese en el martirologio de Usuard, el 19 de junio: *Rolandi comitis et martyris.*

Dispersáronse los homicidas gascones, y su dueño, Lupo, fué aboracado: pero perdiéronse el objeto y el fruto de la expedición, porque los árabes no tardaron en recuperar todo lo que los francos habían ocupado al otro lado de los Pirineos, y se vieron obligadas á emigrar muchas familias que probablemente se habían declarado favorables á su causa. Pero las comarcas entre el Ebro y los Pirineos permanecieron bajo la autoridad ó bajo la protección de Carlomagno; conserváronle fidelidad los emires de Huesca, de Jaca y Gerona: Barcelona vino á ser capital de la marca de Gotia, que comprendía la Cataluña y el Rosellon: Navarra, Aragon y el país Vasco formaron la marca de Gascuña, teniendo por capital á Pamplona desmantelada. Dominación incierta, sin embargo, en cuanto á sus límites y á su fuerza, por lo cual Carlomagno, con la intención de consolidarla, aguerrió la Aquitania y formó de ella un reino (781).

Sin embargo, los aquitanios no se habían hecho amigos de los francos, al paso que recordaban, por el contrario, las batallas de sus antepasados con los árabes, contra los cuales eran á propósito en clase de tropas ligeras, acostumbradas á la guerra de puestos y de emboscadas, y compuestas de gente celosa de su fe, tanto como los árabes andaluces de la suya. Por lo mismo Carlos resolvió tratar á la Aquitania como á la Italia, constituyendo de ella un reino particular, aunque sin segregarlo del imperio, y poniendo al frente á Ludovico, su tercer hijo. Este, después de ungirle el papa, fué conducido allí á caballo, vestido de armas proporcionadas y con un consejo de oficiales. Además de la Aquitania propiamente dicha y la Gascuña, comprendía la Septimania, que le servía de frontera por el lado de la España oriental, tomando, en tal concepto, el nombre de marca de Gotia. Como era costumbre de los reyes francos, el de Aquitania debía residir alternativamente en varios puntos, donde tenía al efecto palacios; pero su antiguo renombre daba cierta primacía á Tolosa. El país fué organizado conforme á su destino militar, con los ojos vueltos siempre hacia España. Carlos encargó el mando de las diferentes ciudades á gobernadores de confianza y experimentados, y se captó por medio de beneficios el favor del clero, enemigo constante de la dominación de los francos.

Pero los vascos preferían una independencia turbulenta. Poco tardó en volver á caer bajo el yugo musulmán la Navarra: Pamplona y Barcelona fueron gobernadas en nombre del emir de Córdoba. Llamados por los cristianos los condes de la frontera (783), volvieron á pasar los Pirineos y fueron bien acogidos en Gerona y en otras ciudades; pero los gobernadores musulmanes rechazaban igualmente el patronato del rey franco y el de los emires árabes. Ocupados éstos en negocios más graves, dejaban á sus subordinados enredarse en querellas con motivo de límites dudosos; Carlos, entretenido por la guerra contra los ávares, confió la defensa de las provincias meridionales á Gui-

llermo, conde de Tolosa, cuando Heschem proclamó la guerra santa para exterminar á los cristianos (789). En todas las mezquitas mandó leer una exhortación en prosa rimada y cantable, mezclada con pasajes del Corán.—«Alabanzas á Dios que que realzó la gloria del islamismo con la espada de los campeones de la fe, y que en su libro ha prometido expresamente á los fieles su socorro y una espléndida victoria. El eternamente Adorable ha dicho: *Vosotros que creéis, prestad asistencia á Dios, y él auxiliará y asegurará vuestros pasos. Consagrad, pues, al Señor vuestras buenas obras; él es el único que puede, con su ayuda, reunir vuestros estandartes.* No hay más Dios que Dios; él es solo y no tiene compañeros; Mahoma es su apóstol y amigo predilecto. Hombres, Dios ha querido ponerlos bajo la dirección del más noble de sus profetas y os gratificó con el don de la fe. El os reserva en la otra vida una felicidad tal, que nunca ojos, oídos ni corazones humanos han visto, percibido ni sentido obra semejante. Mostraos dignos de tan gran beneficio, la mayor señal de bondad que Dios pudiera daros. Defended la causa de vuestra inmortal religión y marchad constantemente por el camino recto. Dios os lo ordena en el libro que os concedió para que os sirviere de guía. ¿No os ha dicho: *Oh creyentes, combatid á los infieles que os rodean, y sed duros con ellos?* Volad, pues, á la guerra santa y haceos gratos al Señor. Vuestra será la victoria y el poder; porque el Altísimo ha dicho: *Es obligación nuestra socorrer á los fieles.*» (22) Los vasallos franceses se unieron al conde Guillermo, pero fueron derrotados; y los sarracenos prendieron fuego á los arrabales de Narbona (794), matando allí tantos hombres «que solo Dios que los crió lo sabe:» los prisioneros, en gran número, fueron conducidos al otro lado del Pirineo, llevándose el enemigo tan rico botín, que la quinta parte, adjudicada al rey, ascendió á sesenta y cinco mil mistacales de oro, que destinó á la reedificación de la gran mezquita de Córdoba.

Cuando se encendió de nuevo la guerra civil á la muerte de Heschem (796), Abdalah su hermano, y Zeid, emir de Zaragoza, llegaron á pedir socorros á Carlomagno, al mismo tiempo que Alfonso II, rey de Asturias, le proponía una alianza contra los sarracenos, llamándose vasallo y siervo del rey de los francos, á quien ofrecía las primicias del rico botín que había sacado de una incursión hecha hasta Lisboa. Carlos encargó á su hijo Luis la guerra contra los árabes (798), el cual se apoderó á viva fuerza de Gerona, Lérida y Pamplona, y por capitulación, de Huesca. Volvió á levantar á Ausonia (*Vich*) y á otras ciudades, poblándolas de nuevos habitantes, y confió su defensa al conde Borrell. Pero tan luego como se concertaron entre sí los musulmanes, arrancaron otra vez á los francos sus

(22) Reinault (*Invasiones de los sarracenos en Francia*) tomó este discurso de un formulario impreso en el Cairo. Véase también *N. Journal Asiatique*, tomo VIII, p. 338.

conquistas y talaron sus fronteras. A pesar de todo aun consiguió Luis hacerse dueño de Barcelona (801), demasiado importante como centro de las expediciones de los musulmanes contra la Septimania, y dejando á los musulmanes abandonar la ciudad la pobló de cristianos. De este modo convirtió á esta plaza en una barrera contra los árabes y en un arsenal protegido por una fuerte guarnición, bajo el mando de Bera, que fué su primer conde.

Después de una alternativa de pérdidas y de conquistas, Hakem y Carlomagno celebraron una tregua de tres años que fijó en el Ebro sus límites respectivos (813).

No sin razón, pues, la figura de Carlomagno creció en dimensiones en los relatos que pertenecen á la época de las Cruzadas; pues aquellas empresas religiosas y civilizadoras pueden considerarse que principiaron durante su reinado.

CAPÍTULO XVI

CARLOMAGNO EMPERADOR.

Estension del reino.—Por tanto se hallaba consolidada la autoridad de Carlomagno sobre toda la Francia y se extendía á la mayor parte de los pueblos occidentales. La Ostría, centro de su dominación, abarcaba las provincias situadas junto al Escalda, el Mosa y el Mosela hasta el Rhin (1); además el Hesse, la Francia renana (2), la Alsacia, la Alemania, la Suabia (3), la Baviera, la Carintia, con parte del Friul, la Turingia, la Sajonia, la Frisia. A la Neustria ó Francia occidental, situada entre el Escalda, el Mosa y el Loira (4) se agregaban la Aquitania, la Septimania, la Borgoña con el Nivernés, el Franco Condado, la Suiza borgoñona, el Valés, Ginebra, Lion, el Delfinado y Aviñon; además la Saboya y las marcas de España. Toda la Italia le obedecía, á escepcion de la Campania,

de la Calabria, de una porción de la Lucania, de la Sicilia, todavía griegas, del ducado longobardo de Benevento y del patrimonio de la Iglesia. Disputábanle los árabes la Córcega, la Cerdeña y las islas Baleares.

Tenia por tributarios principalmente á los pueblos eslavos establecidos al Oriente, desde el Báltico hasta Venecia, entre el Elba y el Oder, los montes de la Bohemia y los Cárpatos, el Danubio, el Theiss, el Raab y el Sava. Tales eran los obotritas del Meclenburgo, los sorabios y los lusacianos de la Misnia, de la Sajonia del Anhalt y de la Baja Lusacia: los chescos y los bohemios, los moravios, los ávares y los eslavones de la Panonia: la Croacia de los francos, alrededor de Zara, llamada así para distinguirla de la Croacia griega, donde se hallaban Tran y Ragusa.

De consiguiente, su dominación se extendía al Sur hasta el Ebro, el Mediterráneo y Nápoles: al Occidente hasta el Atlántico: al Norte hasta el mar septentrional, el Oder y el Báltico: al Oriente hasta el Theiss, hasta los montes de la Bohemia, el Raab y el Adriático. Habíanle tenido los árabes de la península ibérica como enemigo: los griegos observaban con espanto su engrandecimiento: los normandos de Dinamarca y de la Escandinavia se ligaban con él por medio de tratados. Escribió á Offa, rey de Inglaterra, prometiéndole protección para los mercaderes anglo-sajones que fueran á traficar á Francia, y acompañó su carta con presentes para todas las catedrales, con un talabarte, una espada y dos mantos de seda para el heptarca.

De consiguiente, no sin razón le celebraba Alcuino como rey de la Europa; y restaurada la grandeza romana, tal como había estado en tiempo de los sucesores de Constantino, no tardó en revivir también el nombre de éste, pero con un carácter nuevo, el de jefe supremo de los cristianos en el

(1) Con Metz, Tréveris, Coblenza, Aquisgram, Nimega, Amberes, Cambay, Turnay, Reims, etc.

(2) Con Maguncia, Ingelheim, Worms, Spira, Frankfurt, Wurtzburgo, etc.

(3) Con Constanza, Zurich, Coira, Hamburgo, Ulma, etcétera.

(4) Con Paris, Soisons, Chalons, Troyes, Chartres, Orleans, Tours, el Mans, Angers, Nantes, Rennes, Brest, Ruan, Boulogne, etc.

He aquí como Eginardo designa los confines del reino de los francos: *Regnum francorum, quod post patrem Pipinum, magnum quidem et forte suscepit (Carolus) ita nobiliter ampliavit, ut pene duplum illi adjecerit. Nam cum prius non amplius quam ea pars Gallia qua inter Rhenum et Ligerim, Oceanumque et mare Balearicum jacet, et pars Germania qua, inter Saxoniam et Danubium, Rhenumque et Salam fluvium qui Turingios et Sorabos dividit, posita á Francis qui orientales dicuntur, incoleretur, et praeter haec Alemanni atque Bajuarii ad regem Francorum potestatem pertinerent, ipse primo Aquitaniam et Wasconiam, totumque Pyrenaei montis jugum.... tum Saxoniam.... subjugavit.*